

Una madre no amada que aprendió a adorar a Dios

David C. Dixon

Introducción: Hoy queremos honrar a las madres (y abuelas) de una manera especial. Así que tenemos que reconocer que vienen en todos los tamaños, formas y caracteres. Algunas son maravillosas y piadosas a pesar de vivir circunstancias difíciles, mientras que otras sufren por expectativas incumplidas o simplemente nunca logran centrarse correctamente en la tarea. Pero la Biblia no especifica que debemos honrar solo a las madres que lo merecen; simplemente dice que de alguna manera tratemos de dignificar y mostrar aprecio por ella, sea como sea, tanto si la tuya te parece totalmente honorable o no. Recordamos que nuestras madres son el instrumento principal que Dios usó para darnos una plataforma en esta vida desde la cual contemplar Su gloria. Da gracias a Dios por tu madre, que ha tenido sus propias luchas y turbulencias. Todo el mundo las tiene (¡y por lo general no conocemos ni la mitad!).

La madre bíblica sobre la que me gustaría centrarme hoy tuvo unas luchas especiales con las que lidiar, pero normalmente no recibe mucha atención: era una madre olvidada llamada Lea, la esposa no deseada de Jacob (Gn. 29). Recuerdas que Jacob trabajó siete años para Labán, para conseguir a su hija Raquel, la chica de sus sueños; sin embargo, en su noche de bodas, la chica que en realidad fue enviada a su dormitorio fue su hermana mayor Lea (suponemos que estaba demasiado oscuro para notar la diferencia), porque según las costumbres de la época, no dabas a la hermana menor en matrimonio antes de casar a la mayor. El texto bíblico lo dice todo: ***“A la mañana siguiente, Jacob se dio cuenta de que había estado con Lea.”*** Jacob estaba desolado, e inmediatamente se quejó a su suegro: ***“¿Qué me has hecho? ¿Acaso no trabajé contigo para casarme con Raquel? ¿Por qué me has engañado?”*** Labán le dio sus excusas culturales y procedió a hacer un arreglo con Jacob para que trabajara para él otros siete años a cambio de la otra hija. Todo lo que tenía que hacer era cumplir la semana nupcial de la primera hija; ahora tendría dos esposas y otros siete años de seguridad laboral. Esto no fue idea de Dios; la poligamia se le ocurrió a la humanidad; nunca fue el plan de Dios, y mucho menos este tipo de rivalidad entre hermanas (Lev. 18:18). Dios lo soportó durante mucho tiempo, pero nunca fue su voluntad (fue obra del hombre, fruto de nuestro pecado). ¡Puedes imaginarte cómo se sentía Lea? ¡Deprimida, despreciada, devaluada, menoscabada, subestimada, no amada! Imagínate que Lea fuera tu hija, ¿qué querrías hacerle a ese tal Jacob?

1) A continuación, el texto bíblico nos dice lo que sucedió cuando Lea tuvo hijos. V. 31: ***“Cuando el SEÑOR vio que Lea no era amada, le concedió hijos. Mientras tanto, Raquel permaneció estéril.”*** Y cuando nació el hijo de Lea, no sabía de antemano cuál sería su sexo; ¡en los viejos tiempos siempre era una sorpresa! Resulta que Dios le dio un hijo varón, y ella lo llamó **Rubén**, que interpretado literalmente significa "he aquí un hijo". E incluso el motivo de Lea para llamarlo Rubén quedó **registrado en los anales de la historia familiar: “El Señor ha visto mi aflicción; ahora sí**

me amaré mi esposo.” Qué palabras más dolorosas, que reflejan el anhelo angustiado de Lea por el amor de su esposo; pero las esperanzas de Lea pronto se desvanecerían, porque el nacimiento de este niño no motivó a Jacob a amarla. De hecho, los nombres de los hijos de Lea contarán la historia de su continua decepción y angustia en la vida. Anhelaba encontrar su valor en esta relación tan importante con su esposo. Muchas mujeres han experimentado la frustración y la decepción de no ser la verdadera alma gemela de su esposo, ya sea por la competencia de otra mujer, o su trabajo, o su ordenador, o sus aficiones, o sus amigos, etc. Lea era una madre deprimida.

Pero el texto bíblico dice que concibió de nuevo y dio a luz a otro hijo. Ellos no tenían Biblias familiares para registrar su historia; esto era **tradición oral** (como con muchos pueblos antiguos). Durante generaciones estas historias fueron pasando de padres a hijos, y dentro de esos anales de tradición oral sobre la familia de Jacob, la historia de Lea era recordada para nuestro beneficio. Su razón para darle al segundo hijo el nombre de Simeón se registra así: **“Llegó a oídos del SEÑOR que no soy amada, y por eso me dio también este hijo.”** [Heb. "odiada"; cf. Dt. 21:15.] Simeón es la misma raíz hebrea que *“shema”* (en el credo hebreo, Dt. 6:4), que significa “oír”. En otras palabras, Dios había oído hablar de su difícil situación y nuevamente tenía cuidado de ella. Luego, el v. 34 dice que ella concibió por tercera vez y dio a luz otro hijo a Jacob, y esta era su esperanza: **“Ahora sí me amaré mi esposo, porque le he dado tres hijos.”** Leví significa “estar unido o apegado”. ¡Tres hijos – seguramente eso ahora era suficiente para tener el afecto de Jacob! Pero con cada hijo quedó desilusionada; no funcionó; nada podía comprar el afecto de Jacob. Su corazón pertenecía a Raquel. Durante años, Lea siguió poniendo su esperanza en este amor romántico, pensando que su verdadera valía dependía de la respuesta de Jacob hacia ella, pero sintiendo continuamente el dolor del rechazo y la soledad.

2) La historia de esta madre fue repetida durante generaciones, se mantuvo en la memoria colectiva de cómo las tribus de Israel tuvieron sus comienzos – cómo la madre de una gran parte de Israel fue despreciada y subestimada. Pero observa lo que sucede la próxima vez que ella concibe y da a luz. Según Génesis 29:35, cuando nace su cuarto hijo, ella dice: **“Esta vez alabaré al SEÑOR.”** Entonces ella lo llamó Judá (Heb. *Yehudah*), que significa acción de gracias o alabanza. ¿Qué le ha sucedido a Lea para que la historia familiar tomara nota tan fielmente de ello? **¡Lea finalmente ha quitado a su esposo del trono de su corazón** y le ha dado a Dios el lugar que le corresponde! No hay evidencia bíblica de que Jacob alguna vez cambiara con respecto a sus esposas y el lugar que ocupaban en su corazón; incluso después de la muerte de su esposa Raquel, continuó con su favoritismo hacia los dos hijos que ella le dio. ¡Pero Lea finalmente decidió **poner su esperanza no en su esposo, sino en el Señor!** ¡¿Cuántas veces el dios del amor romántico, sentimental y mundano tiene que romperte el corazón antes de que decidas depositar tu confianza en otra parte?! El verdadero Dios de amor solo está esperando que lo invoques en alabanza, que pongas tu esperanza y confianza en Aquel que anhela una profunda comunión contigo. Invocar el nombre del SEÑOR, en nuestro caso, jese es el nombre de Jesús!

La gran ironía es que cuando Jacob estaba en su lecho de muerte en Egipto y estaba dejando una bendición para todos sus hijos, aunque tiene palabras poderosas para sus favoritos, llamando a José el príncipe entre sus hermanos, no deja dudas sobre qué descendencia de sus hijos tendrá la mayor importancia: **“Tú, Judá, serás alabado por tus hermanos; dominarás a tus enemigos, y tus propios hermanos se inclinarán ante ti. (...) El cetro no se apartará de Judá, ni de entre sus pies el bastón de mando, hasta que llegue el verdadero rey, quien merece la obediencia de los pueblos”** (Gn. 49:8,10). Ciertamente, estas eran palabras proféticas sobre el Mesías y la máxima lealtad de los gentiles hacia Él, y la realeza del linaje de Judá fue vista claramente por los testigos del Nuevo Testamento. Cuando miramos el árbol genealógico de Jesús en el Evangelio de Mateo, no dice nada de que Jacob sea el padre de José o Benjamín, los dos hijos de Raquel, sino que Jacob es el padre de Judá, el cuarto hijo de una esposa de segunda fila, que por mucho tiempo se sintió muy sola y rechazada, hasta que un día decidió poner su confianza en el SEÑOR.

El mismo nombre de Judá en la genealogía de Jesús es la conmemoración del momento en que una madre volvió su mirada a Dios y encontró su esperanza en Él. Lea finalmente eligió encontrar su identidad, valor, belleza y propósito en el amor de Dios: ¡chicas, seguid su ejemplo! Pero se necesitó el rechazo de un hombre para ayudarla a decir ¡basta ya! y estar dispuesta a buscar a su Hacedor-Redentor. Nunca se pretendió que un cónyuge fuera tu fuente de valor y significado, por lo tanto, si estás casado-a, no pongas esa responsabilidad en tu cónyuge (no está allí para hacerte feliz – aunque nuestros cónyuges nos brindan mucha felicidad, ¡no podemos hacer que nuestra felicidad suprema dependa de ellos!). *“Tan fantástico como es el amor humano, nunca puede ser un sustituto del amor de Dios. El vacío en el corazón humano tiene forma de Dios, no de pareja.”* (Kyle Idleman, *Gods at War. – Dioses en Guerra.*) Una madre que conoce al Señor como su fuente de satisfacción y gozo es una madre que será utilizada para tener un impacto en la vida de sus hijos para bien, y para los propósitos eternos de Dios, ¡incluso para las generaciones venideras!

3) Una dimensión final de esta historia está relacionada con el nombre por el que se conocería a los descendientes de Judá. La palabra judío viene de Judá. En el NT griego, judío es *loudaïos*, derivado directo de *loúdas* (forma griega de Judá). En los tiempos de Jesús, los judíos, junto con algunos levitas y otros de las tribus cercanas de Simeón y Benjamín, eran todo lo que quedaba de Israel (las otras tribus habían sido muertas, esparcidas, deportadas, asimiladas); así que a aquellos que regresaron del exilio de Babilonia (tanto si vivían en Judea como en Galilea) se les refería colectivamente como judíos, el remanente que quedó del pueblo de Dios para Su alabanza y gloria en la tierra (este doble significado se encuentra en todas las Escrituras: el mismo nombre de los descendientes de Judá, los judíos, significa “¡alabanza” al Señor!). Así pues, cuando Lea cambió su enfoque y le dio a Dios el lugar que le correspondía en su corazón, dio a sus descendientes el legado de ser llamados por el nombre de su hijo Judá (“judíos”): para alabanza de Yahvé. ¡Y en su descendiente Jesús, todas las naciones serían invitadas a vivir para la alabanza de Yahvé! O como dijo el apóstol Pablo: *“Lo exterior no hace a nadie judío, ni consiste la circuncisión en una señal en el cuerpo. El verdadero judío lo es interiormente; y la circuncisión es la del corazón, la que realiza el Espíritu, no el mandamiento escrito. Al que es judío así, lo alaba Dios y no la gente.”* (Ro. 2:28-29).

La Palabra de Dios nos invita a vivir para la alabanza de Dios, pero es solo a través de Jesús, el León de Judá y nuestro Cordero Pascual, que tu y yo podemos llegar a imaginar cómo sería eso. Este Hijo de la tribu de Judá, descendiente de Lea, nos invita todavía hoy a encontrar en Él nuestro valor y plenitud. ¡Así que llámalo tu salvación, tu esperanza, tu paz, Aquel que puede ordenar tus pasos y hacer que tu vida sea vivida para Su alabanza! ¿Lo confesarás como Señor hoy? ¡No hay nada en esta vida mejor que Jesús!